

La riqueza invisible del cuidado

Maria Ángeles Durán

FONT: DURÁN, María Ángeles. *La riqueza invisible del cuidado*. València: Publicacions de la Universitat de València, 2020.

Fragment del llibre de Maria Ángeles Durán on introdueix el concepte de "cuidatoriado".

EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA CLASE SOCIAL: EL CUIDATORIADO

Sin nombre y sin cifras. Un colectivo social creciente pero todavía poco identificado

La imagen de una estructura de clases es la representación del modo en que una población se distribuye según algunos criterios: los más utilizados son la relación con los medios de producción (trabajo, capital, tecnología), el nivel de ingresos y patrimonio (alto, medio, bajo) y el nivel educativo. En algunas sociedades son importantes otros criterios como la etnia, el linaje o la condición ciudadana. En el siglo XIX, al inicio de la industrialización, los movimientos sociales revolucionarios promovieron imágenes dualistas de la estructura de clases, con solo la burguesía y el proletariado como protagonistas/ antagonistas. Sin embargo, a finales del siglo XX el proletariado se había transformado, trasladándose en buena parte como nueva clase social a los países en vías de desarrollo. En la Europa occidental todos los estudios empíricos coincidían en la consolidación de una estructura en que la clase media era la más numerosa tanto de hecho como por la aspiración a formar parte de ella. La expresión «clase social» era multívoco, contenía una gradación de conceptos que iban desde una definición muy restringida y fuertemente politizada hasta otras versiones que en nada se diferenciaban de un mero agregado estadístico. Al uso de esta expresión se añadió o superpuso el de «grupo de estatus»: el grupo de estatus era característico de sociedades con alta movilidad social, en el que no se era de una clase

social sino que se estaba en ella en tanto se mantuviesen los niveles de ingresos, estilo de vida o prestigio. El concepto hizo fortuna, corroboraba el sueño de la igualdad de oportunidades y la posibilidad del ascenso social. Lo que no era tan explícito en el concepto es que igual que podía ascenderse en la escala del prestigio o las recompensas sociales, también se podía bajar. Esta constatación se hizo evidente con las crisis económicas (en España, en 2007) y con el proceso de envejecimiento. Ambos factores crearon millones de inconsistencias de clase entre los parados, los jubilados y los insatisfechos con los servicios públicos relacionados con el cuidado.

Las clases sociales, al menos así ha sido para gran parte de la investigación y de la acción social en los últimos cien años, no se «construyen» con instrumentos estadísticos. Tienen una existencia real, socialmente construida, previa a que los investigadores pongan su mirada en ellas. Lo que sucede es que la observación y el análisis le añaden reconocimiento, fortalecen su capacidad de consciencia, la despiertan. En ese sentido, la investigación social construye la realidad cuando la estudia, dar nombre es una forma de crear.

Quien nombra aporta herramientas para la acción; de ahí la avidez de palabras de los movimientos sociales, que necesitan vocabulario y teorías que los interpreten. A diferencia de la física o la biología, en las ciencias sociales la frontera entre el análisis y la acción es siempre frágil, porque el sujeto observado responde a la observación externa modificándose. Pero quizá sea injusto llamar fragilidad a lo que no es sino vitalidad, capacidad de trascender las supuestas barreras que separan obligatoriamente la ciencia de la política.

La capacidad de nombrar es desigual. El lenguaje ofrece una riqueza de matices extraordinaria para referirse a la posición que el sujeto ocupa en la estructura social, y es dinámico, se modifica constantemente; pero mientras algunos apenas consiguen que sus palabras se acepten y extiendan, otros no solo generan palabras sino que disponen de suficientes recursos para imponerlas, para nombrarse a sí mismos y a los demás del modo que desean ser nombrados. Los nombres no son gratuitos ni neutrales, todos tienen una historia detrás que los carga de significados invisibles a la

mirada superficial. La investigación empírica extensiva no suele entrar en matizaciones sobre el significado de las palabras con las que se pide a los observados que se identifiquen y, sin embargo, las respuestas se refieren a un contexto sobreentendido. Los cuestionarios emplean lenguajes «normalizados», pero sus palabras evocan promedios o ideas- síntesis cuyos componentes no están especificados en ningún sitio; los entrevistados las toman y devuelven dándoles a su vez significados propios, relativamente homogéneos, pero sometidos a subculturas de grupo y a idiosincrasias personales.

Para que una clase social se consolide dentro de una estructura social tiene que existir un gran grupo de población con una relación específica respecto al proceso productivo, con un estilo de vida similar y cuyos miembros sean conscientes de sus semejanzas y coincidencia de intereses. También es necesario que este grupo tenga una imagen clara de cuál es su posición en la estructura social y cuáles son sus relaciones de antagonismo respecto a otros grupos sociales. Tanto la concentración en el espacio como la existencia de agentes movilizadores favorecen la creación de una clase social.

La existencia de relaciones asimétricas de cuidado no es una novedad social, siempre existieron personas que recibían cuidado y otras que lo proporcionaban. Lo novedoso es el volumen y tipo de cuidados requeridos, así como la relación que se establece entre los cuidadores y los receptores del cuidado. En las sociedades desarrolladas industriales y postindustriales del siglo XXI existen suficientes recursos económicos colectivos como para permitir que grupos importantes de población permanezcan durante muchos años ajenos a la producción directa de bienes y servicios para el mercado. Los trabajadores se incorporan tarde al mercado de trabajo, tras un largo proceso de escolarización, y el aumento de la longevidad ha hecho que entre la edad de jubilación y la de fallecimiento medien más de veinte años de vida, durante los cuales los extrabajadores están desligados de la producción directa de bienes y servicios para el mercado. Su subsistencia depende de la gestión del ahorro obtenido (en su mayor parte de modo obligatorio) durante los años de participación

en el mercado de trabajo, que son mayoritariamente gestionados por el Estado en forma de pensiones públicas.

Los principales proveedores de trabajo de cuidado son distintos para la población infantil y la anciana o enferma, aunque en ambos casos sean sobre todo mujeres. Para la población infantil son mujeres de edad joven e intermedia, en tanto que las mujeres de edad intermedia y avanzada son las principales proveedoras de trabajo de cuidado para la población enferma o anciana. ¿Cómo se mantienen los/as cuidadores?

La cobertura de las necesidades económicas de la población dedicada al cuidado se realiza por tres vías, cada una de ellas con su propio punto débil:

a) Son cubiertas por otros miembros del propio hogar o de la familia inmediata como manifestación de un proceso de división del trabajo dentro de los hogares y familias. Este tipo de soporte económico está condicionado por la pervivencia de unidades familiares, que sin embargo se disuelven fácilmente mediante divorcios, fallecimientos o traslados laborales.

b) Cubren sus necesidades consumiendo sus propios recursos:

b.1. Los ingresos que obtienen de su trabajo personal en el mercado de trabajo, simultaneándolo con las actividades de cuidado. Su punto débil es que la acumulación de funciones conlleva el cansancio, la sobrecarga, pero frecuentemente el cuidador no dispone de otra opción.

b.2. Consumen los ahorros obtenidos anteriormente a título personal por trabajo, herencia u otras vías. El patrimonio es una protección muy débil frente a la demanda continuada de dedicación; tras un periodo largo, el cuidador queda económicamente exhausto y desconectado del mundo laboral, al que no le será fácil retornar.

c) Son financiadas con fondos gestionados por la Administración Pública que compensan su trabajo del cuidado, generalmente complementando la cobertura económica que le proporcionan quienes reciben el cuidado. La legislación laboral

reconoce algunos derechos al cuidado a los asalariados, sobre todo con motivo de los nacimientos de hijos, que financian parcialmente las empresas. Pero el cuidado de los dependientes o personas de edad avanzada apenas está cubierto, el número de plazas de atención es reducido y las subvenciones directas para el cuidado son en su mayoría de escasa cuantía.

Los fenómenos nuevos no pueden identificarse claramente mientras no existan palabras que los definan, y por ello se acuñó el término cuidatoriado. Se utilizó por primera vez en 2013 durante una sesión monográfica dedicada a la dependencia, en el XI Congreso de la Federación Española de Sociología, en una ponencia titulada «La emergencia de una nueva clase social en los países desarrollados» (Durán, 2013).

Es un concepto creado por paralelismo con campesinado y proletariado, con el objetivo de terminar con la consideración de «los cuidadores» como un conglomerado disperso de individuos que cuidan. Trataba de favorecer la conversión de este conglomerado poco activo en un verdadero agente social, consciente de su papel en la estructura productiva. El estímulo inmediato a la creación del concepto fue la retirada del derecho a recibir gratuitamente la inscripción en la Seguridad Social por derecho propio a los cuidadores no remunerados de dependientes, que desde algunos años antes habían estado recibiendo en aplicación de la Ley de Dependencia de 2006. Aquello evidenció la desprotección de este colectivo y su situación de exclusión de los beneficios del estado de bienestar. Los cuidadores cumplían la importante función económica de atender a los expulsados del proceso productivo, trabajaban más y en peores condiciones que ningún otro tipo de trabajadores, pero solo tenían obligaciones. Reunían todas las condiciones que teóricamente debe reunir una clase social para convertirse en un agente social revolucionario, excepto la conciencia de serlo. Ni siquiera disponían de un nombre que los identificase.

Se tomó como referencia histórica el término campesinado, que describe al conjunto de trabajadores que viven del cultivo de la tierra y acoge tanto a los jornaleros agrarios como a los pequeños propietarios. A diferencia de «los

campesinos», que solo son una agregación estadística de sujetos individuales, el campesinado es un conjunto con entidad propia. Su entidad puede apoyarse en el auto-reconocimiento, una consistencia que le sirve de base para entablar acciones colectivas o, por el contrario, provenir solamente del observador externo que lo percibe como una unidad real. La mayor dificultad para que el campesinado se reconociese como clase social fue la heterogeneidad entre pequeños propietarios y jornaleros, así como su dispersión espacial. Desde el punto de vista ideológico, la extendida creencia en la naturalidad de su relación respecto a la tierra y su relación con los grandes propietarios de la tierra y otros grupos sociales con mayor poder dificultó el cambio social.

Al cuidatoriado, igual que al campesinado, le debilita su dispersión espacial, que no existan lugares ni tiempos de encuentro obligados en los que conocerse y reconocerse para poder actual después conjuntamente. También como el campesinado, el cuidatoriado contiene dos grandes subclases: la de quienes no reciben remuneración directa por el trabajo de cuidar y la de quienes sí la reciben. Los intereses de estos dos grandes grupos son a veces coincidentes y a veces opuestos, lo que acrecienta el riesgo de fracturas internas. Pero incluso cuando los intereses coinciden, los motivos y la ideología que vincula a unos y otros con el cuidado son muy diferentes.

En cuanto al término proletariado, de antiguo origen latino, designó en el siglo XIX a los trabajadores industriales que no poseían otro medio de producción que su propio trabajo, ni otro patrimonio que su prole, sus propios hijos, convertibles a corto plazo en mano de obra o fuerza de trabajo. La concentración espacio- temporal en las fábricas favoreció la consciencia de pertenecer a un mismo grupo social y la reclamación del derecho a participar en los beneficios que generaba la industria. Así como el campesinado acumuló siglos de cultura adaptativa y de instituciones creadas para garantizar la estabilidad de sus funciones, el proletariado se formó en un periodo relativamente breve en términos históricos, no hubo de enfrentarse a una cultura de la resignación ni de la pertenencia al lugar. El alto valor añadido por la tecnología a la producción industrial y la organización temprana de grandes sindicatos con

ramificaciones internacionales y vinculados con los partidos políticos facilitó la movilización social y propició el éxito de muchas de sus reivindicaciones sociales, no sin arrastrar grandes conflictos que conmovieron todas las instituciones sociales durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX. La formación histórica de los grupos sociales que pueden integrarse en el cuidatoriado ha sido muy rápida por comparación con otros grupos sociales, está vinculada con el envejecimiento, el desarrollo y la vigencia de los estados de bienestar.

Igual que el proletariado, los cuidadores a tiempo completo no tienen medios de producción. Su propia fuerza de trabajo, en la mayoría de los casos, no pueden incorporarla al mercado laboral porque la absorbe el cuidado de los ancestros y otros familiares dependientes. Su organización del tiempo viene dada por las demandas de quienes reciben el cuidado. No disponen de descansos garantizados semanales ni anuales ni nocturnos. Su jornada de trabajo (la disponibilidad y la atención activa o intermitente) es mucho más larga que la de los asalariados. Carecen de Seguridad Social y otros derechos inherentes al trabajo remunerado (sanidad, jubilación), especialmente si se comparan con los derechos de los asalariados en la economía formal.

El cuidatoriado no tiene posibilidad de movilidad geográfica para acceder a mejores condiciones de vida porque le ata la permanencia de quien recibe su cuidado a un lugar y una residencia administrativa. Tampoco tiene posibilidades de ascenso económico o social. Debido a su falta de tiempo para sí mismo, frecuentemente los pertenecientes al cuidatoriado tienen mermadas sus posibilidades de acceso a la vida de ocio, educación, cultura, sexualidad o participación política.

El cuidatoriado, a diferencia del proletariado, no tiene clase social antagónica. Toda clase social construye relaciones de conflicto y alianza con otras clases sociales y sus luchas se encaminan a lograr una redistribución de los recursos colectivos. Para conseguirlo, antes han de imaginar o interpretar cuáles son esos recursos, y cómo se ha de decidir el modo y las razones que justifican su adscripción a unos y otros. Dicho en otras palabras, han de despojar a su visión de la estructura social del sentido

naturalista (el argumento de que es «natural» y por tanto inmodificable), que estabiliza las clases o condiciones sociales para convertirlas en esencia y destino en lugar de circunstancia. La imaginación es previa a la acción, pero las interpretaciones complejas son poco operativas a la hora de la acción social, que requiere imágenes simples. De ahí la importancia de hallar una clase social antagónica en la que centrar, como un ariete sobre la diana, todo el peso del conflicto social latente.

Por ahora, existe escasa conciencia de clase entre los colectivos sociales que se dedican al cuidado. La pequeña parte de este colectivo que realiza su trabajo de cuidado de modo remunerado suelen recibir una remuneración escasa y situarse en el sector más desfavorecido del mercado de trabajo. Con alta frecuencia se trata de inmigrantes y mujeres. Tanto su condición de inmigrantes como su dispersión espacial, su relación personal estrecha con las personas a las que prestan cuidados y el hecho de ser mujeres, dificulta que se constituyan en organizaciones sindicales de carácter reivindicativo. En cuanto a la gran mayoría de quienes realizan el trabajo del cuidado, los que lo hacen sin recibir remuneración con ello y en el marco de un contrato social implícito, se basan en condiciones más morales que económicas respecto a sus familiares. La interpretación de su situación como natural y la fuerte inercia de la división tradicional del trabajo entre hombres y mujeres dificultan su organización con fines reivindicativos. Los cuidadores perciben su relación con los sujetos cuidados como una relación fundamentalmente individual, interpersonal, y no como una condición estructural imprescindible para garantizar la subsistencia de un sistema económico y social. Las ideas de destino, inevitabilidad, obligación, desgracia y resignación, son mucho más comunes en este colectivo que las de explotación, reivindicación, derechos, redistribución o lucha social. La dispersión espacial, y las condiciones en las que desarrollan su trabajo (privacidad, afecto hacia quien recibe su trabajo, largas horas de dedicación, apartamiento de otras actividades sociales, y con frecuencia salud precaria), dificulta la emergencia de una conciencia de clase.

A diferencia de los trabajadores remunerados, especialmente de los trabajadores de la Administración Pública, los trabajadores no remunerados del cuidado carecen de un claro antagonista, porque no pueden antagonizar con las personas que reciben

su trabajo de cuidado. Si lo hicieran, no solo irían en contra de principios morales muy arraigados, sino que las probabilidades de conseguir éxito en sus reivindicaciones sobre las condiciones de trabajo serían remotas, ya que en la mayoría de los casos se trata de personas dependientes no solo física sino también económicamente. A diferencia del proletariado, el cuidatoriado carece de armas de reivindicación eficaces, tal como ha sido el derecho a la huelga en la historia de los movimientos de los trabajadores durante los siglos XIX y XX. Si el receptor del trabajo no tiene capacidad de mejorar las condiciones de quien le cuida, no tiene sentido antagonizar con él. Una excepción son las expectativas de recibir o heredar patrimonio, que en otras épocas históricas dieron una base económica sólida a las relaciones intergeneracionales. Sin embargo, en los países de economía desarrollada moderna, el patrimonio familiar y personal es irrelevante para la mayoría de la población si se compara con el coste del cuidado.

La única posibilidad de lograr un antagonista fuerte con quien dialogar es derivar la responsabilidad del cuidado hacia el Estado o alguno de sus niveles de Administración Pública (comunidades, ayuntamientos, etc.). Pero esta posibilidad es claramente percibida por las administraciones públicas, que han tenido experiencia de conflictos laborales con los trabajadores de grandes empresas nacionalizadas y con los funcionarios de servicios públicos, por lo que favorecen estrategias de dispersión tales como la subcontratación y los conciertos con empresas privadas.

(...)

¿En qué posición se ubica el cuidatoriado en la estructura social?

Actualmente, los cuidadores remunerados que forman parte del cuidatoriado son en su inmensa mayoría cuidadores asalariados de baja cualificación que comparten origen social y étnico, aspiraciones, condiciones de trabajo y normas reguladoras con los trabajadores asalariados de otros sectores. Pueden subdividirse

en categorías por múltiples criterios. Uno de los más claros es que su salario lo paguen quienes reciben sus servicios, o lo hagan otras entidades, como el Estado o las empresas suministradoras. En este aspecto se aproximan al proletariado, aunque no al proletariado industrial sino al del sector servicios, ahora llamado por algunos analistas «el nuevo proletariado». A diferencia de los cuidadores asalariados, la mayoría de los cuidadores no remunerados no tienen conciencia de pertenecer a un grupo social ni de cuál es su lugar en la estructura productiva. Son los cuidadores de enfermos discapacitados gravemente y de larga duración, por ejemplo los de enfermos con síndrome de Down o de Alzheimer, quienes más desarrollan movimientos asociativos que crean conciencia de grupo y una visión general de su situación. Su vinculación con el trabajo del cuidado es principalmente moral, y no esperan una contraprestación monetaria de las personas que reciben sus servicios, al menos no directa ni inmediatamente. Sí esperan, en cambio, que el Estado asuma mayor responsabilidad respecto a estos enfermos.

Por la relación con el cuidado, los cuidadores pueden clasificarse en múltiples subgrupos; entre otros, según el grado de responsabilización y voluntariedad respecto a la situación que origina el cuidado. Actualmente el cuidado de los propios hijos es un trabajo elegible y salvo en caso de violencia puede ser planificado, al menos en los países en que la tecnología y la legislación han favorecido la parentalidad responsable. El cuidado de enfermos, ancianos y dependientes no tiene el mismo rango de planificación ni voluntariedad que el cuidado de niños. Son circunstancias no elegidas ni perfectamente previsibles las que determinan el momento e intensidad con que aparece la necesidad de cuidado. Se conoce de antemano el riesgo de que acontezca el infortunio de la enfermedad, pero no puede anticiparse sobre quién recaerá, ni cuándo, ni durante cuánto tiempo.

Como el concepto cuidatoriado es de reciente acuñación, todavía no ha dado lugar al debate académico ni político que sin duda lo enriquecerá.